



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tifs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B, 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Eliche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteaquedo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



¿A dónde va nuestra cultura?

I

■ **Aún prescindiendo**, por una parte, de las inevitables apreciaciones más o menos nostálgicas por lo que un día cultura fue y ya no es y, por otra, del evidente desnorte del hombre actual frente a la búsqueda de una felicidad casi siempre inventada, muchos folios harían falta para contestar a tal pregunta, suscitada frente a la evidente suma de equívocos y degradaciones «culturales».

En cierta ocasión ya fue tratada en esta sección del periódico la sorprendente y totalmente gustosa aceptación del españolito de aquella facilona trampa que desde hace años lo engaita y seduce en materia «cultural» pero que en nada tiene que ver con la cultura verdadera. Confundiendo así la cultura con la ramplonería, las libertades de expresión con el aquí me las den todas, vamos cayendo en la comodidad de todas las permisividades, del todo vale; decisiones a gusto asumidas por el pueblo que incluso empieza a tachar despectivamente de «antiguas» a algunas de sus tradiciones intocables, aplaudiendo sin embargo todas las novedades, sean las que sean y vengan de donde vengan. Se ha ido así acostumbrando a la masa al gusto cutre, casoso, glorificador de la bazofia. ¡Esas actuales ancianitas, personajes venerables, casi sacros, de García Lorca o los Quintero, contándonos hoy, frente a las cámaras de la televisión, sus aventuras eróticas; esos grupos de niños y niñas dando paso a un programa de chistes «televisivos», más propios de la taberna o el burdel; esos caricatos adictos al tema escatológico, pedorretas incluidas, que hasta un circo aldeano rechazaría!

¿Valdría acaso, todavía, inventar una posible corrección? Nunca se sabe. Piénsese al menos, en plan Boabdil, que siendo lamentable la pérdida de Granada más doloroso es no haberla sabido defender a tiempo.



II

■ **Se encapota el día**. Cielo con ojeras.

III

■ **Fugacidad de la existencia** toda. ¡Aquellas gafas op-art de la hoy respetable doña María de la Asunción, ayer Cuqui; aquel pantalón pata de elefante del hoy excelentísimo señor don Alejandro Manuel, ayer Pocholo! ¡Trenka y guitarra! ¡Twist y yenka!

—¡Por favor, pase usted la hoja!

IV

■ **¡Modernidad, modernidad!** Lo peor de la modernidad —¿con mayúscula debimos escribir tal vocablo?— es que en un momento determinado puede dejar de ser moderna.



V

■ **Tan llorona** aquella viuda sin consuelo, tan toda lágrima, que acabó licuándose.

VI

■ **Se viene insistiendo** que ahora se escribe peor que antes y que hasta el libro literario puede llegar a desaparecer un día. Por si acaso, ténganse a mano los correspondientes salvavidas que precisamente a salvo pongan algunas claves de nuestra literatura contemporánea, valgan como ejemplos los Valle-Inclán y Miró —ayer—, los Cela y los Umbral, hoy. Se insiste: son ejemplos a la mano.

El minicuento de urgencia

El último cateto

Tras muchos años de hibernación, en hipotéticos hielos congelado, una vez inventada la panacea de su gravísima enfermedad, fue don Joaquín retornado a la vida entre la lógica alegría de los suyos: mujer, hijos y nietos.

La orden primera de don Joaquín fue la supresión del aire acondicionado.

—¡Digo, ahí es nada mi invierno frente a la chimenea, con el calor legítimo del fuego prendido en los troncos por mí escogidos, y no digamos nada del verano, tan a gusto en mi mecedora de rejilla, bajo el toldo del patio, por medio el olor del jazminero y el fresco tole-tole del agua de la fuentejilla de azulejos!

El segundo tropiezo fue la fulminante eliminación del asesor laboral, husmeador de sus cuentas. No, no contaba todavía el bueno de don Joaquín —¡él, que sentía como nadie el horror a la novedad!— con los «IVA», los «IPC», las retenciones mensuales, las declaraciones cada tres meses, renta anual aparte...

Tampoco llegaba a entender del todo el motivo por el que la banda municipal del pueblo en sus conciertos dominicales en la Glorietta hubiese sustituido «La canción del olvido», «La Viejecita» y «La Verbena de la Paloma» por los rataplanes de la música «pop». Asimismo no llegaba a entender del todo la sustitución de Donato, todo un maestro en el manejo de las campanas de la parroquia, por la electrificación de las mismas.

—¿Sabes cómo empiezan a llamarte en el



Casino? —le preguntó un amigo a don Joaquín, con la mejor intención—. Agárrate: «El último cateto».

Para alivio de penas y quebrantos, le obsequiaron los hijos con un ordenador. Ni siquiera lo estrenó.

—¡Un ordenador a mí! Jamás he ordenado nada a nadie. Me enseñaron a solicitarlo todo anteponiendo la galante muletilla: «por favor».

Acumulación de anécdotas pintorescas hubo de protagonizar todavía: programas televisivos no de su total agrado, entradas a un partido pagadas a peso de oro, echando sapos y culebras; dolorosa sorpresa ante el descubrimiento de una edificación «moderna» frente a la catedral, descubierta en uno de sus viajes a la capital motivados por su visita a unos grandes almacenes, acompañando a su esposa.

El obsequio de un teléfono móvil sí fue de su total apreciación hasta descubrir —ingrata sorpresa— de que la mayoría de las veces que intentó usarlo, le era solicitado un mensaje grabado, mensajes que, contabilizados sus fracasos de pegar la hebra telefónicamente, fueron contestados con un «Rita la cantaora te grabará el mensaje. Abur».

Hombre precavido, ya tiene don Joaquín firmado y rubricado su testamento ológrafo impidiendo la cremación de su cadáver. Tierra es lo que pide para su descanso eterno. Tampoco es mucho. Ah, eso sí: la añadidura de un pequeño jazminero tal el que le perfuma su patio cada verano, al pie de su tumba.

VII

■ **Antes de inventarse** el teléfono móvil se despachaban infinidad de telegramas familiares, tales los que siguen:

«Unidos para siempre, salimos tren Correo».

«Plantada por Pepe, ingreso Monjas Clarisas, nueve de septiembre».

«Tío Edu, grave. Sepelio, mañana cinco tarde».



VIII

■ **—Mucho nuevo** invento y mucho Internet, pero servidora sólo alcanza a ver en este bonito aparato, obsequio de mi prometido en el día de mi onomástica, un nido de polvo y una telaraña.